



REDONDEZ Y PERFECCIÓN DE LO GLOBAL Y FECUNDIDAD DE LO HUMANO

Giuseppina Grammatico Amari

RESUMEN:

Los términos "Globalización y Humanismo" nos reservan muchas sorpresas. Hay que adentrarse en ellos para comprender su sentido más pleno. La "redondez" de lo global evoca la imagen bellísima del corazón de la verdad y de la esfera perfecta del ser, que encontramos en Parménides. La fecundidad del *humus*, cimiento y garantía de lo humano, a su vez, está en la base de ese humanismo que, despojado de la carga negativa que todos los -ismos- conllevan de suyo, constituye la esencia misma del hombre. Habrá que mirar en lo profundo y recuperar el sentido positivo de las palabras, que exigen, por supuesto, una explicación práctica, coherente y satisfactoria.

ABSTRAIT:

Les termes "Globalisation et Humanisme" nous réservent beaucoup de surprises. Il faut approfondir en eux pour comprendre leur plein sens. La "rondeur" du global évoque la belle image du coeur de la vérité et celle de la sphère parfait de l'être, lequel on trouve chez Parménides. La fécondité de l'homme, ciment et garantie de l'humain, il est à la fois, dans la base de cet humanisme, qui dépouillé de la charge négative que tous les -ismes- emportent d'eux, ou aident à supporter, constitue l'essence même de l'homme. Il faudra regarder dans le profond et récupérer le sens positif des mots, qui exigent, bien entendu, une application pratique, cohérente et satisfaisante.

1. LO GLOBAL

Como el círculo, la esfera desde tiempos remotísimos, por su redondez y perfección, se ofreció al hombre como forma y figura ideal para representar simbólicamente la totalidad de lo real. La serpiente que se muerde la cola, o la corona luminosa de Ariadna, en el mito; y en la filosofía el fragmento de Heráclito: "en la circunferencia principio y fin son uno y lo mismo", el de Alcmeón: "los hombres mueren porque no saben enlazar el principio con el fin", y el de Parménides: "me es indiferente el punto desde el cual empezaré, pues allí volveré a encontrarme de nuevo", son unos ejemplos significativos de este universal "culto a lo redondo" que culmina, quizás, en la parmenídea definición de "lo que es" como "el corazón inmovible de la verdad toda redonda". El ser de Parménides, que es de algún modo también su dios, coincide con el así llamado "esfero", globo absolutamente perfecto, semejante a la masa de una esfera redonda, en cada punto, desde el centro, igualmente pesada, no más grande ni más pequeña en una u otra parte, cuya adecuación a la igualdad nada puede malograr. No es posible, sostiene Parménides, que el ser sea más por un lado y menos por otro, en cuanto es, todo él *ásylon*, inviolable; es por tanto, cualquiera que sea el ángulo por donde se le mira, siempre igual a sí mismo, asentado dentro de sus propias fronteras, entendidas, por cierto, como definitivas y no limitantes: un todo en su estructura, un todo en su naturaleza; indivisible, igual a sí mismo, enteramente lleno de ser, compacto, pues en él, el ser adhiere al ser. Idéntico y fijo en su propia identidad, se abraza a sí mismo, permanece así en el tiempo, fijo e inmóvil, y nada le falta.

Esta descripción del “esfero” parmenídeo responde en pleno a nuestro concepto de lo global concebido positivamente como un ideal al cual es bueno aspirar y que aún estamos lejos de alcanzar: el del ser como un universo en que las diferencias en nada empañen la unidad, sino más bien la enriquecen y engalanan, como un universo que se rija por la ley del querer, que se “abraza” y estreche a sí mismo, respondiendo a un llamado de solidaridad que permita colmar los vacíos, aplanar los excesos, velar por el bien común de la humanidad que en él habita y se desarrolla tras un afán de perfección.

Ahora está bien preguntarse: ¿apunta a esto la globalización de la cual hoy se habla con tanta insistencia? Con frecuencia ella nos aparece casi exclusivamente dotada de aspectos o elementos negativos, y poco se asemeja a ese antiguo sueño de plenitud universal. Y es que el hombre no logra adecuar a los sueños, sus planes y sus acciones, que, a menudo, resultan ineficaces o se desvían hacia objetivos parciales que terminan por hacerle perder de vista la meta. Es así como un hermoso ideal se convierte en algo que se empieza a mirar con desconfianza, porque en su nombre se cometen actos de injusticia incalificables e indignos del ser humano.

En una aldea global, el comportamiento de cada uno influye sobre la calidad de vida de todos. Si es congruente y eficaz e inspirado en el bien común, todos se beneficiarán con los logros obtenidos; si no lo es, todos se verán afectados. En el primer caso habrá más plenitud de ser; en el segundo, menos.

Si en una variedad de mundos separados, una acción ineficaz o definitivamente mal intencionada va en desmedro de uno solo de ellos, en un universo globalizado irá en desmedro de todas y cada una de sus partes. Es por eso que hoy la responsabilidad de los conductores de los distintos pueblos es infinitamente más grande; ninguno de ellos podrá hacerse el desentendido y pensar exclusivamente en sus pequeños provechos particulares, perdiendo de vista el bien de la comunidad.

¿Qué puede haber de más bello que una labor destinada a la realización de una igualdad social, política, económica y cultural, en un mundo concebido como un todo y gobernado por la justicia y el bien? ¿Cuál es, entonces, la razón por la cual no logramos encontrar los medios y los modos para llevar a cabo con celo y eficacia las acciones destinadas a obtener el éxito anhelado?

Para intentar dar respuesta a estas preguntas, ante todo habrá que admitir que, a menudo, nuestras acciones obedecen a razones mezquinas, de oportunismos baratos y utilitarismos camuflados. En este caso, es natural que sus resultados no sean los que habría sido lícito suponer, y que, por el contrario, ellas terminen agudizando males endémicos y acentuando actitudes que generan desconfianza y difunden una amarga sensación de impotencia.

Con frecuencia, esas acciones están faltas de una motivación de amplio respiro, y son dirigidas egoístamente a un bien particular, que puede coincidir –y a menudo coincide– con el mal de otro, y termina por neutralizar su eficacia. Peor aún, ellas tienden a obtener para cada uno, consciente o inconscientemente, el máximo provecho a expensa de un daño, a menudo incalculable, para cada otro. Si multiplicamos el número de acciones de este tipo, por la cantidad de países y personas que las realizan, nos vamos a encontrar con un cuadro francamente desalentador. El ideal de lo global se nos ha convertido en una miserable y casi maquiavélica trampa. De hecho, la anhelada igualdad parece haber engendrado una desigualdad más patente. La interdependencia que rige entre las partes de ese todo, se ha tornado o amenaza tornarse en una instancia opresora que ancla a su indigencia a las que son más indigentes de

ser y trueca en despotismo la superabundancia de que se ufanan las más colmadas. Vemos con desesperanza cómo esta situación se hace cada día más grave y parece casi irreversible.

Conviene preguntarse a qué se debe todo esto.

No hemos entendido, quizás, el sentido de la igualdad y el ritmo que debiera gobernar su asentamiento al interior de ese todo armónicamente dispuesto en que cada parte debiera tender a adquirir aquella porción de ser que le atañe conforme a su propia necesidad y deseo, en plena libertad, respetando el tiempo orgánico de asimilación de aquellos valores que se le presentan como tales, y decidiendo libremente su elección de manera acorde a su idiosincrasia. El entregar y el recibir debieran darse en forma simultánea, sin arrogancia por parte de unos ni humillación por parte de otros, con generosidad y sentido de solidaridad, pues, como decía el santo de Asís, “*dando es como se recibe*”, y no hay nadie tan pobre que no pueda dar, aunque sea solamente a través de la gratitud y la dignidad del aceptar lo que le es dado.

La aldea global sólo será un avance, en el camino del buen entendimiento entre los pueblos y del enmendamiento de las injusticias, en la medida en que los que en ella vivimos nos sintamos parte de una única gran familia, y que las relaciones que nos unan sean dirigidas por un sincero afán de bien, y no por deseo de lucro y de poder.

Este planteamiento caerá en el vacío, si se impone unilateralmente un criterio de oportunismo político y económico, si las nuevas tecnologías no se ponen al servicio de todos y no procuran colmar el abismo que separa a quienes lo tienen todo de quienes de todo están faltos y no pueden, por sí solos, levantar cabeza y sentirse libres y dignos. No deja de procurarnos desasosiego y angustia el ver cómo la técnica se esmera en cultivar en el corazón del hombre vicios y pasiones que degradan y pervierten. Es suficiente pensar en el fácil acceso a la pornografía y a otros tantos y nefastos placeres del cuerpo, destinados a matar lentamente la vida del espíritu, que la Internet procura a sus adictos.

2. LO HUMANO

Ahora bien, nos parece importante señalar que, si todo esto acontece, es porque el hombre, sin siquiera darse cuenta, está abdicando de aquello que lo caracteriza como hombre, precisamente su humanidad. *Humanitas*, se le llamaba en Roma, y se la entendía como la condición propia del hombre, la que lo distinguía de los dioses, que estaban infinitamente más arriba, y de las bestias, que estaban infinitamente más abajo.

Al reconocerse humano, el hombre, quizás sin tener conciencia plena de ello, se sabía hecho de tierra, *humus*, una materia humilde pero fecunda y sacra. De la tierra todo germina, a la tierra todo retorna después de haber cumplido su ciclo vital. De ella le viene al hombre el impulso que lo mueve a crear, con el cuerpo y con el espíritu, cuando su tiempo está maduro; y el acatamiento de la necesidad de recogerse en su regazo, cuando su cuerpo y su espíritu ya no están en condición de crear. De ella, como madre común, le viene el sentimiento de solidaridad con quienes comparten con él, el breve lapso de su trayectoria terrenal, en cuanto pertenecientes a la gran familia humana; aceptándolos con sus virtudes y defectos; comprendiendo, perdonando, reprendiendo, consolando, viendo en cada aspecto de su conducta otros tantos signos y vestigios de esa *humanitas* que los hermana.

Cuenta Cicerón que al encontrarse extraviado en un lugar desierto, un célebre personaje se alegró al ver impresas en la arena las huellas de unos pies humanos; supo que no estaba solo. Cabe preguntarnos si aún nos embarga la misma alegría al percibir la presencia, a nuestro lado, de otro hombre, o si simplemente lo juzgamos un estorbo y a regañadientes compartimos con él los bienes que la naturaleza pone a nuestro alcance.

Creemos firmemente que cultivar ese sentimiento profundo de una *humanitas* que comprende el respeto del otro, la amistad, el sentido de responsabilidad, y el deber de protegerlo en caso de necesidad, es el único antídoto contra los excesos negativos a los cuales puede llevarnos una globalización malamente entendida.

Pertenecer al linaje humano es un don que cada hombre debiera acoger con humildad y gratitud, nunca olvidando su naturaleza de don, su gratuidad y lo maravilloso que encierra. Esa maravilla de ser hombre, de estar adscritos a un linaje (un *genos* o una *gens*) privilegiado, debiera comprometernos a absolver con el máximo decoro posible nuestra tarea dentro de los múltiples universos que habitamos: el del alma y el del cuerpo, que constituyen nuestra más secreta intimidad; el de la casa, el del trabajo, el del esparcimiento, el de la ciudad, el del país, el del mundo que nos cobija. Desde el más pequeño al más grande, todos nos exigen un comportamiento adecuado, congruente con las metas que nos hemos fijado, libre, digno y generoso; en una palabra, humano. Sin lugar a dudas, el más exigente entre ellos es el mundo del alma, del que, por su carácter de invisibilidad e inasibilidad, a menudo nos olvidamos. Es en él donde anida lo esencial, aquello que dirige nuestro hacer y confiere un sello inconfundible a nuestro ser. Sin embargo, ¿quién se preocupa, en la actualidad, de enseñarnos a ejercer el señorío sobre ese mundo que nos aparece como el más diminuto y particular, siendo, en realidad, ilimitado y universal?, ¿nos percatamos, acaso, de que esta negligencia nos hace cada vez menos humanos?

No sin razón los antiguos llamaban *humanitas* a la educación, y formaban a los jóvenes mediante las “humanidades”, disciplinas que apuntaban a un sano crecimiento del alma. Ella comprendía la paulatina adquisición de una conciencia crítica y alertada, la clara percepción de la primacía de lo perenne sobre lo efímero, la educación de la sensibilidad, el afinamiento de la inteligencia, la siembra y el cultivo de valores éticos orientados hacia el conseguimiento de un sabio gobierno sobre los impulsos naturales. Por su lado, la educación del cuerpo miraba a obtener un sano desarrollo de los miembros en perfecta congruencia con el cultivo de la mente y del alma. Es así como el joven se preparaba a asumir sus diversos roles al interior de todos los espacios que era destinado a ocupar. Ninguno de ellos podía ser cumplido cabalmente, sin esa previa formación espiritual, intelectual, ética y física. La instrucción profesional estaba, pues, subordinada a ella, y un preciso equilibrio entre ambas aseguraba o, por lo menos, intentaba asegurar, un desempeño satisfactorio en todos los ámbitos.

La *humanitas*, pues, miraba a hacer del hombre un hombre en la plenitud de su condición humana; recto, honesto y generoso antes que hábil, astuto y exitoso. Y lo segundo no excluía lo primero ni chocaba con él, más bien lo potenciaba; venía siendo como una aplicación práctica, una ratificación de la solidez de eso primero calado en los vaivenes de la vida con sus imprevisibles éxitos y reveses. Ésta era la función de ese humanismo, que llamamos latino porque su centro de irradiación se ubicó en el corazón del Mediterráneo, en esa pequeña región itálica llamada Lacio, desde la cual un puñado de hombres, agricultores y soldados, confiando en su coraje y en su lengua rica, flexible y aglutinante, emprendió la tarea de civilizar todo el mundo entonces conocido. Tan grande fue la expansión territorial y cultural de ese diminuto pueblo itálico, que aún hoy llamamos latinos a todos los pueblos del sur de Europa, y latino también a este continente sudamericano en el cual nos parece encontrar algunos de

los rasgos característicos de la latinidad, primeros entre ellos el calor humano, la apertura al otro, el apego a las tradiciones, la adhesión a los valores morales, el cultivo de lo que le atañe al hombre de suyo.

El humanismo antiguo tuvo, en Grecia, en Menandro, dramaturgo de la época helénica, y, en Roma, en Terencio, Cicerón y Séneca –para limitarnos al mundo pagano– sus representantes más ilustres. Más allá de las diversas circunstancias de todo orden que debieron enfrentar, ellos nos dejaron, en textos que llamamos clásicos porque nunca pierden vigencia, en palabras que no podrán nunca ser olvidadas, una *meditatio hominis* o meditación sobre lo humano, siempre señera, a la cual conviene retornar toda vez que la cruda realidad que vivimos amenaza sumirnos en la desesperanza.

3. MEDITACIÓN A MÁS VOCES

Ningún tipo de globalización, por más útil y promisorio que se prospecte, será verdaderamente provechoso si no es “a la medida del hombre”. A esto se refieren los humanistas cuando denuncian las fallas del sistema en el cual nos encontramos situados sin preparación ni consentimiento previos. En un documento del congreso “Globalización y humanismo latino”, recién realizado en New York (1 a 3 de mayo, p. 56), leemos: *“En este nuevo orden de cosas, por cierto, entre todos los tipos de hombre el menos confiable, el más dañino es el humanista. El humanista es el hombre que no se deja comprar ni vender, al que no se puede convencer ni envolver con falsos argumentos, y por ende el hombre a quien hay que eliminar, porque no sólo, como trabajador, no entra en la lógica de la productividad, sino porque es aquél que en cualquier momento, podría levantar la voz y decir: –Esto no va, y no va por esta razón–. Para funcionar, el sistema necesita de una humanidad subordinada a las máquinas, y los humanistas han sido siempre la conciencia de una humanidad que no se deja someter a ninguna aberración política, científica, religiosa o burocrática”*.

Y más adelante: *“Un conflicto muy grande y profundo nos afecta. Es la antiquísima diatriba entre intelectuales e individuos que detentan el poder, en que éstos ven en aquéllos el principal obstáculo para la actuación de planes que reducirían a la sociedad a un mercado global donde todo, también el ser humano, tendría un precio. ...Es justo por tanto preguntarse: En esta revolución profunda ... ¿qué ha sido de la dignidad humana?”*

En el mismo documento, el profesor Luzi, de la Universidad de Macerata, indagando sobre las causas de la crisis, afirma (pp. 63-64): *“El modelo imperante está enteramente fundado en la simultaneidad, ...olvida la historia, no sabe que la cultura se trasmite sobre la base de la memoria de las generaciones que nos han precedido... La globalización es una de las formas más peligrosas de imperialismo económico y político, porque olvida la centralidad del sujeto hombre, su personalidad que procede de una serie de códigos sociales. ...La cultura clásica está fundada sobre la centralidad de la relación hombre-naturaleza, en una perspectiva de equilibrio entre la intervención humana y el don de los bienes naturales. ...El aporte más grande del humanismo latino es el de una apertura a la profundidad y a la reflexión”*.

También se cita al escritor Alberto Moravia que, en su libro *El hombre como fin*, se preguntaba por las razones del antihumanismo del hombre moderno, y las hallaba en el desgaste, el cansancio, el decaimiento del humanismo tradicional, en su inmovilidad, su conservadurismo, su hipocresía frente a los trágicos acontecimientos de la primera mitad del siglo XX.

El documento antes mencionado invita a tomar conciencia de este hecho. *“Debemos hacer un solemne mea culpa, dice; nos hemos encerrado en las universidades, a meditar sobre los antiguos textos venerables, sin interrogarnos sobre el vínculo que existía y siempre existirá entre la vieja sabiduría y la vida contemporánea. Somos culpables, no menos que los hombres de estado y los de negocio, de la decadencia de los valores humanísticos en nuestra sociedad. Nos corresponde, pues, emprender un largo ejercicio de redescubrimiento de los valores que profesamos, si de veras aspiramos a hacerlos eficaces en el mundo de la globalización”*.

Desde Australia, por su parte, el profesor Michael Pusey nos advierte (p. 106): *“Estamos por involucrarnos en un superorganismo con partes informáticamente conectadas como las células del cuerpo ... o como los miembros de un hormiguero. Pero la química y la tecnología de la información son sólo los lazos que atan las diversas partes del organismo, no la razón que lo mueve, la cual deriva del conjunto de valores que definen su función. No podemos rechazar el globalismo, pero tampoco esperar que aquello que es en sí forma vacía pueda producir resultados positivos”*.

Hacia el final del documento, bajo el título *“La globalización: el efecto boomerang”* (p. 122) encontramos una apertura a la esperanza. *“La multiplicación de los efectos perversos del sistema –se dice– ha abierto la vía a la toma de conciencia de la necesidad no de rehusar la evolución del mundo, que no puede impedirse, sino de refundar –el término es mío, el autor dice ‘buscar’– un nuevo humanismo que proponga el mejor control de los medios de desarrollo, la protección del ambiente, ...el buen gobierno. Se trata de volver a proponer al hombre como centro y meta de todo sistema político y económico, de colmar el déficit antropológico que ha reducido el hombre al individuo... Hacer coincidir la entrada en el mundo de la globalización con esta antropología es uno de los desafíos más grandes del nuevo milenio. Aquí el mensaje latino puede tener un valor esencial”* (p. 125). Y sigue: *“El humanismo latino está basado sobre la idea de la superioridad de la libertad y la dignidad de la persona en relación a todo otro valor humano, especialmente el económico. Un respeto radical es debido a toda persona humana. ...La encarnación le ha otorgado una dignidad que es la de Dios hecho hombre (p. 126). Toda construcción ha de hacerse sobre el hombre. Nuestra responsabilidad es, pues, la de transferir al mundo global un poco de la sensibilidad latina del hombre, para permear de ella los graves problemas de nuestro tiempo ... especialmente los del desarrollo y de la paz, ...y para privilegiar sobre toda otra lógica, la lógica humana”*.

Hasta aquí el documento. Algo quizás debería agregarse: todo esto que aquí se propicia, como en una gran sinfonía de muchas voces, sólo puede conseguirse si, con anterioridad a la formulación y puesta en marcha de todo proyecto económico, social, político, y hasta cultural –si es que lo cultural se entendiera en su acepción más restringida–, se tiende sabiamente a consolidar los cimientos sobre los cuales esos proyectos se basan, y a revisar los objetivos que ellos se proponen, que han de ser acordes a los ideales más nobles y elevados que el hombre de todos los tiempos ha sabido concebir. Porque la *theoría*, en el sentido helénico de “búsqueda de lo divino” desde siempre tatuado en el corazón humano, es fundamento necesario e indispensable para cualquier *praxis* que persiga el bien del hombre y la anhelada plenitud de su ser.